La carga del viejito

Mensajes inesperados y llenos de iluminación aparecen permanentemente en el subway neoyorquino

Rogelio Pretto

Uno de los encantos de vivir en Nueva York es su sistema de transporte público subterráneo. El rostro de la humanidad entera transita por el subway. En este submundo neoyorquino, como en cualquier otro, mensajes inesperados llenos de iluminación pueden aparecer en cualquier momento. No siempre estoy preparado para captarlos y en ocasiones quedo arrepentido por no haberles prestado la atención que merecen. Eso pasó cuando no acompañé al viejito hasta el final.

Regresaba a mi casa en la calle 30 desde la 232 a la hora cuando la gente sale de sus trabajos y se aprieta en los trenes, ansiosa de llegar al descanso del hogar. Ese día yo regresaba de un trabajo largo de grabación. En la 42 me tocó hacer un cambio de tren y debido a la falta de asiento disponible, permanecí de pie no muy lejos de una de las puertas que cierran tan pronto se abren, a menos que algo las obstaculice haciendo que se abran de nuevo automáticamente como medida de seguridad. Si el obstáculo –casi siempre una persona– se quita, las puertas cierran enseguida.

Ese día las puertas intentaron cerrarse varias veces, hasta quedar abiertas para identificar el problema. Era un viejito parado en la puerta por la que había entrado yo momentos antes. El viejo, de aspecto pobre y desgreñado, permanecía inmóvil mirando hacia fuera mientras sus manos sujetaban una carretilla, que llevaba dos baúles pequeños de igual tamaño.

Nos dimos cuenta que el viejo era quien nos estaba atrasando, pero nadie le decía nada, hasta que yo decidí meter la cuchara. ''Señor, está bloqueando la entrada'', le dije. ''Necesito que alguien me acompañe hasta la rampa que da al piso de arriba'', me contestó. ''Pero señor, está atrasando el tren y la gente quiere llegar a su casa. Al menos salga'', insistí. ''¡No me muevo de aquí hasta que alguien me ayude; necesito subir la rampa!'', amenazó en voz alta. Los murmullos de quejas irrumpieron por todo el vagón. ¡Otro loco más en el subway!

''Nos está atrasando a todos, señor; tiene que salir'', le pedí más amablemente. ''Soy ciego'', dijo. ''Alguien tiene que ayudarme''. Estaba claro que el viejo no pensaba moverse. Qué carajo, haré mi acto de buen samaritano hoy, pensé. ''Está bien, le ayudo''.

Al empezar el camino para subir la rampa, agarré la carretilla para quitarla de la puerta; el viejo sin embargo no la soltaba. ''Suelte un momento, señor, para poner su carga afuera y después lo cruzo a usted''. ''¡No!'', me dijo con firmeza. ''Crúceme con ella''. Viejo terco, pensé, y con su mando prensada al mango intenté levantar la carretilla para cruzarla a la tarima, pero su peso me lo impidió. ''¿Qué demonios lleva usted aquí?'', le pregunté. ''¡Esto sí pesa!''. ¿Cómo ha podido este viejito con tanto peso; y desde dónde vendrá con ella? ''Es algo que le llevo a mi hermano'', dijo.

Con mucho esfuerzo crucé la bendita carretilla y las puertas cerraron al fin. El tren siguió su camino; quedamos el viejo y yo en la rampa...y su misteriosa carga.

Busqué la rampa, pero no la veía. ''¿Dónde está la rampa, señor?'', le pregunté al viejo. ''Por ahí debe estar''. ''Solo veo escaleras'', insistí.

''Y ahora, ¿cómo demonios subiré esos benditos escalones?''. No había quien me ayudara. Enojado hice que el viejo agarrará el pasamanos con la mano libre, mientras yo jalaba la carretilla desde arriba, escalón por escalón. El primero me puso a parir.

''Pero qué demonios lleva aquí'', imploré. Empecé a especular: ¿libros?, no puede ser, esta vaina pesa mucho más que eso; ¿monedas?, tal vez. Su fortuna, apuesto; oro en bruto quizás. Seguro es de esos excéntricos que viven paupérrimamente pero esconden ahorros de toda una vida y los está transportando, quien sabe a dónde o por qué.

Con cada escalón se ponía a prueba el límite de mis fuerzas; pero allí no terminaba el asunto. Me esperaba otro juego de escalones y más adelante, las escaleras mecánicas angostísimas y el torna barras de salida a la calle.

Una vez afuera, exhausto, frustrado y con ganas de salir corriendo, le dije firmemente ''hasta aquí llego, señor. Estoy atrasadísimo'', mentí. ''Mantenga su derecha y doble en la esquina. Esa es la cuadra de la dirección que me dio''. ''Pero lléveme hasta allí'', me suplicó. ''Lo siento'', le dije ya agotado el buen samaritano del día. ''No puedo'', y regresé rápidamente al subterráneo.

De eso hace dos años y, ¡cómo me arrepiento de no haber ido hasta el final con el viejito y conocer el contenido de los baúles! Apuesto que estaba poniendo a prueba el corazón de las personas y, como premio a quien lo acompañaba, bondadosamente le haría entrega de un lingote de oro.

El autor es artista

Medicamentos: equivalencia no es bioequivalencia

José Guillermo Ros–Zanet

El medicamento es el resultado de un complejo y prolongado proceso durante el cual se cumplen tres etapas fundamentales: estudios de laboratorio, ensayos clínicos, producción y comercialización. Pero el verdadero origen es anterior a esas etapas. La fuente primera es la idea y el pensamiento creador del hombre.

Las dos primeras etapas – investigación aplicada (estudios de laboratorio y ensayos clínicos)– representan un esfuerzo que, a su vez, se traducen en gastos que alcanzan sumas impresionantes. Son gastos que las empresas productoras de fármacos convertirán en inversiones –rentables en sí mismas (salarios, compra de materiales de investigación, pago de energía eléctrica, etc.)– pero sobre todo, a partir de la tercera etapa: la comercialización. Los precios del medicamento, deben cubrir aquellos gastos y generar al mismo tiempo réditos que hagan prosperar a la empresa y al país. También deben propiciar la búsqueda continua y el hallazgo de medicamentos cada vez más seguros y eficaces.

Las leyes fiscales de los países deben crear incentivos a la investigación privada; pero al mismo tiempo, han de frenar el exceso injustificado de ganancias, el afán ciego de lucro.

En nuestras sociedades de consumo se producen consecuencias negativas del proceso de producción, adquisición y utilización de los medicamentos. Y el médico (y ciudadano) debe conocer hoy, los rasgos sobresalientes de ese fenómeno, a fin de no ser participante pasivo de situaciones anómalas que podrían traducirse finalmente en un deterioro de la calidad de la atención médica por la utilización de medicamentos de baja eficacia.

En nuestro mundo consumista, estas son las consecuencias del fenómeno:

– El medicamento se ha convertido en simple mercancía, que recibe las influencias de la propaganda que genera, muchas veces, una demanda irreal, ficticia, exagerada y peligrosa.

– La aparición de empresas productoras llamadas piratas, que solo cumplen –no siempre de forma eficaz– la última etapa del proceso: producción y comercialización de la substancia básica o genérica medicamentosa. Estas empresas se aprovechan, sin costo alguno, de las dos primeras etapas del proceso de creación del medicamento fabricado por empresas serias. Se aprovechan igualmente de los precios del medicamento, ya que con una inversión relativamente pequeña, obtienen grandes ganancias a costa del consumidor del medicamento: el enfermo, el paciente.

– Algunos productos farmacológicos que en el país de origen (industrializado, desarrollado) se comercializaron para ser utilizados como terapia de un padecimiento específico, pasan a nuestro medio como la terapia de otros padecimientos y enfermedades.

– La existencia, en algunos de nuestros países en subdesarrollo, de políticas fiscales o financieras de gobiernos que propician la aparición de empresas productoras (copiadoras) de fármacos de alto consumo nacional, sin que haya estrictos controles de calidad del medicamento.

– La creación de institutos de medicamentos sin la adecuada organización y estructura, y sin la utilización de lo mejor del saber médico y farmacológico.

– Las empresas productoras de fármacos originales, que por lo general tienen la sede en países industrializados, han optado (para contrarrestar a las empresas piratas) por crear sucursales en los países del tercer mundo. Así cada vez más, en países del área de Sur y Centro América, surgen casas productoras de medicamentos que lanzan al mercado los fármacos originales y exclusivos de la casa matriz. Sin embargo estamos viendo cómo –por causas desconocidas o por factores imponderables propios de la compleja naturaleza humana– los productos nacidos en nuestro mundo no siempre alcanzan la calidad del producto original.

La clarísima enseñanza que nos deja esta verdad es que, en nuestro tiempo y circunstancia (en nuestros países en subdesarrollo), en materia de medicamentos, equivalencia no siempre significa bioequivalencia.

Un medicamento genérico (copia) puede contener los mismos principios o elementos del original (equivalencia) pero las proporciones y procedimientos (temperatura, acidez, alcalinidad del medio) de combinar y otras características de fabricación (bioequivalencia) pueden no ser iguales. Entonces, la eficacia, seguridad y estabilidad del medicamento similar tampoco serán iguales.

Lo esencial es estructurar luna política nacional de medicamentos, que debe surgir de lo mejor del conocimiento médico clínico y farmacológico y que debe estar enmarcada dentro de una sana política de salud. Y esta última política deberá integrarse al plan nacional de desarrollo económico y social (y moral) del país. Desde esta realidad positiva surgirá el instituto nacional de medicamentos modelo.

En medio del egoísmo y del odio de oscuros individualismos, mantenemos nuestro optimismo. La industria farmacéutica buscará, cada vez más, el bienestar de los hombres y de los pueblos. Los gobiernos y las instituciones serán cada vez más respetuosos de todos los hombres. El hombre respetará cada vez más al hombre y a la naturaleza. Cada vez será más ser, más conciencia, más humanidad. De allí nacerá y se hará verdad y presencia la reverencia por la vida. Cuando desaparecen el egoísmo y el odio, todos somos (nos reconocemos) humanidad.

El autor es médico y escritor

demosgracia